SOBRE DOS CRÍTICAS LITERARIAS DE EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO

De «crítico olvidado» fue calificado Eduardo Gómez de Baquero (1866-1929) por Emilia de Zulueta [1] en un intento por establecer la importancia de la figura de este crítico madrileño y corregir, así, esta silenciosa sinrazón. Con anterioridad, Ramón Menéndez Pidal [2] ya había señalado la transcendencia del quehacer crítico de Gómez de Baquero, en cuyos comentarios «a la vez que moldea el pensamiento público inspirando o depurando ideas o gustos, eleva el deleznable hecho cotidiano a la condición de hecho pasado que ha adquirido un interés duradero, en una palabra: un interés análogo al histórico»[3]; también Benjamín Jarnés [4] elogió al crítico «ecléctico», y a la vez apuntó la incomprensión que Gómez de Baquero debió de sufrir entre sus contemporáneos. Posteriormente, Emilia de Zulueta volvió a la figura de

---

[1] Emilia de Zulueta, «Revisión de «Andrenio»: un crítico olvidado», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 160 (abril, 1963), pp. 126-138.

[2] Ramón Menéndez Pidal, *Discurso de contestación al de ingreso de Eduardo Gómez de Baquero en la Real Academia Española* (1925). Publicado como «Prólogo», Eduardo Gómez de Baquero, «Andrenio», *Guignol. Obras Completas*, vol. I, Madrid, C.I.A.P., 1929, pp. 7-28.

[3] Ibídem, p. 18.

[4] Benjamín Jarnés, «Andrenio», *Almanaque literario de 1935*, Madrid: Plutarco, 1935, pp. 222-226.

Gómez de Baquero, calificándolo como uno de los miembros de la «crítica novecentista» por «haber participado de lleno de la época dorada del periodismo español e hispanoamericano del primer tercio del siglo XX, el cual ofreció a la crítica literaria el cauce más libre e incitante».[5]

Ocasionalmente y de forma tangencial, el crítico Eduardo Gómez de Baquero y su obra iban recuperando su importancia, a la vez que se suprimía el injusto silencio. Diversas y variadas son las opiniones manifestadas a este respecto: desde las atinadas y valorativas de Jaime Fitzmaurice-Kelly,[6] las de José-Carlos Mainer[7] o las de Donald F. Fogelquist,[8] a la arbitraria de Federico Carlos Sainz de Robles,[9] pasando por la subjetiva generalizada de María Dolores Albiac,[10] entre otras.

---

[5] Emilia de Zulueta, *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid: Gredos, 1974, p. 152.

[6] Jaime Fitzmaurice-Kelly, *Historia de la Literatura Española*, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1916², p 349: incluye a Gómez de Baquero entre los que «prodigan en la prensa un talento verdaderamente original».

[7] José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid: Cátedra, 1983², p. 65: presenta la labor crítica de Gómez de Baquero: «cuyos criterios mezclaron en dosis muy equilibradas la sensatez y el interés por la obra nueva».

[8] Donald F. Fogelquist, *Españoles de América y americanos de España*, Madrid: Gredos, 1986, p. 154: «Era un escritor ecuánime y justo, cuyo criterio literario admitía lo nuevo con tal de que tuviera algún valor intrínseco».

Ver la opinión crítica de Gómez de Baquero sobre la literatura hispanoamericana, y particularmente sobre el Modernismo, en: Anna Wayne Ashhurst, *La literatura hispanoamericana en la crítica española*, Madrid: Gredos, 1980, pp. 315-327.

[9] Federico Carlos Sainz de Robles, *Los movimientos literarios (Historia Interpretación-Crítica)*, Madrid: Aguilar, 1957, p. 280: califica a Gómez de Baquero de «crítico novecentista».

[10] María Dolores Albiac, «Regeneracionismo y literatura en la revista *Cultura Española*», *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura* (ed. J. L. García Delgado), Madrid: Siglo XXI, 1985, p. 497; juzga las colaboraciones de Gómez de Baquero en la citada revista de «tan insulsas como es habitual en el crítico».

La vindicación definitiva de la personalidad de Gómez de Baquero y la valoración merecida de su diseminada labor crítica se hizo patente en el detallado y documentado estudio de Raquel Asún,[11] quien percibió en el crítico al «representante casi arquetípico de una vida dedicada a la crítica literaria periodística, con todas sus posibilidades y limitaciones, en una época caracterizada por el triunfo del denominado «cuarto poder».[12]

Eduardo Gómez de Baquero había publicado artículos variados, sugestivos y llenos de amenidad, y entregas que entonces eran reciente actualidad y que hoy son ya historia; y había colaborado de forma dispersa en las tribunas más prestigiosas de este «cuarto poder» durante el período de entresiglos: *Revista de España, La Epoca, Los Lunes de «El Imparcial», La España Moderna, La Lectura, Nuestro Tiempo, La Ilustración Española y Americana, El Ateneo, Nuevo Mundo, La Esfera, Las Novedades, El Mundo Gráfico, La Gaceta Literaria, El Sol,*[13] *La Voz, Cultura Española, La Pluma, Hispania;* también en publicaciones periódicas provinciales: el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo,* de Santander, *La Vanguardia,* de Barcelona y *Las Provincias,* de Valencia. Y en la prensa hispanoamericana: *La Nación, El Hogar, Síntesis, Caras y Caretas* de Buenos Aires, y *El Mundo* de La

---

[11] Raquel Asún, «A la inmensa mayoría: la crítica literaria de Eduardo Gómez de Baquero, 'Andrenio'», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo,* LVII (1981), pp. 295-360.

Por las reiteradas citas que hago de este estudio insuperable, resulta evidente a la memoria de quién va dedicado el presente artículo; la que fue una excelente profesora universitaria, probando en cada clase su valía y exquisita sensibilidad; la que en sus trabajos y estudios demostró su erudición, rigor y asombrosa capacidad de trabajo; ella fue quien nos dio con su vida la más bella lección de integridad.

[12] Ibídem, p. 297.

[13] Desde las páginas de *El Sol,* Gómez de Baquero patrocinó la iniciativa de defender los intereses de los escritores frente a los de los editores, formando una sociedad. Este será un rasgo característico de la personalidad del crítico madrileño que, implícitamente, se manifestará en sus opiniones.

Habana. Algunas de estas entregas fueron recopiladas, posteriormente, por el propio autor y publicadas en libros; pero mucha de la producción crítica de Gómez de Baquero permanece —aún— diseminada por las páginas de publicaciones, diarios y revistas, siendo magníficos documentos para observar la historia de las ideas en la España de las dos últimas décadas del siglo XIX y las dos primeras del presente siglo.

Por la periodicidad irregular de alguna de estas publicaciones, y por el carácter efímero de otras, resulta difícil, —y es, realmente una empresa faetónica—, el compilar todas las colaboraciones de Gómez de Baquero. Ahora bien, en todas las conocidas es posible apreciar la personalidad crítica de Gómez de Baquero, su gusto y su estilo al comentar las obras bibliográficas, y la implícita finalidad de dirigirse a un público amplio, a esa «inmensa mayoría», ya que, en palabras de Emilia de Zulueta, la opinión de Gómez de Baquero era que «el arte verdaderamente grande y fecundo debe aspirar a ser gustado por todos».[14]

El propósito del crítico en su labor estaba fundamentada en la ideología krausista-gineriana y, particularmente, en su afán pedagógico y educacional; pero sin que este principio ético-estético se convirtiera en un fin sino en un medio, sin hacer ninguna radicalización ni tergiversación de ello. Así, Raquel Asún pudo afirmar que Gómez de Baquero fue «un crítico que, con su lenguaje elegante y elaborado, intentó acomodar palabra y planteamientos a la mentalidad del hombre menos culto sin caer en la conseja o el didactismo».[15] Del lenguaje se sirvió Gómez de Baquero como el medio más adecuado para manifestar sus ideas ecuánimes y «eclécticas», y como instrumento por el que expresar sus opiniones siempre orientadoras, eficaces y pedagógicas. El crítico madrileño pertenecía, así, a una línea de opinión que transcendía la mera función informativa para lograr un objetivo

[14] Emilia de Zulueta, ob. cit., p. 153.
[15] Raquel Asún, art. cit., p. 359.

«provechoso» para la heterogénea mayoría. Como precisó Menéndez Pidal: «Si la crítica puede ejercer alguna acción docente y correctora del gusto, es principalmente cuando mira a ese público medio que da la popularidad a los autores, y que ni es bastante culto para elaborar por su cuenta doctrinas, ni es tan ilustrado que se desentiende de ellas».[16]

El que se convertirá en «primer crítico de España» tras las muertes de Clarín, en 1901, y de Juan Valera, en 1905, colaboró esporádicamente en *La Lectura* (Madrid, 1901-1920), revista cultural de claro talante liberal y para-institucionista, entregando dos reseñas bibliográficas,[17] ejemplos, ambas, del criterio «ecléctico» y de la sensibilidad crítica que, sin hacer alarde de ello, reflejó en todo su quehacer. En estas dos colaboraciones críticas Eduardo Gómez de Baquero rubrica con éste su nombre y no con su gracianesco pseudónimo «Andrenio»; ello determina unas connotaciones que muy agudamente supo apreciar Raquel Asún al distinguir que «la firma con su nombre o su pseudónimo se corresponderá respectivamente con la de los artículos rigurosa y estrictamente literarios y la de aquellos en los que glosa aspectos costumbristas, sociales, jurídicos o políticos de la actualidad».[18]

La primera apareció bajo el enigmático título de: «Madrid hace cincuenta años. Obra extranjera, anónima que ahora se traduce al castellano, según verá más al por menor el que leyere». (*La Lectura,* IV, 43, (julio, 1904); pp. 372-375). Es una reseña crítica de la edición de un raro ejemplar bibliográfico, un libro de viajes rescatado de la memoria histórica: *Madrid hace cincuenta años a los ojos de un diplomático extranjero, obra alemana, anónima, escrita y publicada hacia el año 1854, traducida al inglés en 1856, con el título de «The attaché in Madrid», por otro anónimo y de este último al castellano, por*

16 Ramón Menéndez Pidal, ob. cit., p. 14.

17 Raquel Asún, art. cit., p. 306, n. 19. No recoge la primera colaboración de Gómez de Baquero en *La Lectura,* y sólo menciona la segunda sobre libros publicados con motivo del Tercer Centenario del «Quijote».

18 Ibídem, p. 299.

Don Ramiro, con un prólogo, notas y comentarios del mismo. Ya el largo título refleja la serie de vicisitudes por las que debió de transcurrir este libro rodeado de cierto misterio. Lleno de notas, comentarios y reflexiones, esta obra está escrita con la llaneza íntima de un diario, y en él se van narrando los acontecimientos y hechos histórico-sociales que tuvieron lugar en el Madrid revolucionario de 1854; relatos con descripciones meticulosas y análisis pormenorizados que pecan, en muchos casos, de prolijos y superfluos, sin profundización trascendente ni valoraciones por parte del anónimo autor. Este, según el crítico Gómez de Baquero:

> se limitó a observar las cosas que pasaban por delante de sus ojos, pero sin perseguirlas con ningún género de estudio; que, en suma, se limitó a pasar una temporada agradable en la capital de un país que hablaba a su imaginación algo romántica. (p. 374)

La superficialidad y la ingenuidad son los rasgos característicos de estas «memorias» que pueden resultar atractivas al gran público más por los hechos anecdóticos que se cuentan de la aristocracia que por su verosimilitud histórica. Con ello se cumplía el propósito motor de la crítica de Gómez de Baquero: el de que un libro conquiste a un público amplio y mayoritario. La lectura de esta obra sería amena para todo aquel posible lector que acuda a sus páginas, ya que el acierto del tono y de la traducción es un dato a favor, y que Gómez de Baquero, sin escatimar, reconoce como hecho favorable:

> Sería, pues, impertinente hacer cargos con tal motivo a «Don Ramiro», cuya labor de traductor hay que aplaudir por lo castiza y elegante. (p. 375)

Con la opinión impersonal como intento por objetivar los juicios bibliográficos, Gómez de Baquero corrobora el firme principio de no exponerlos, si bien sí mantiene la función analítica y descriptiva de la crítica que, en palabras de Emilia de Zulueta, «debe proporcionar las nociones rudimentarias que orientan y sitúan al lector, en lugar de tomar como pre-

texto una obra o una figura para expresar la opinión propia».[19] La función «utilitaria» de la crítica para con el público lector, de clara ascendencia gineriana, se convierte en «praxis» en la figura y la labor crítica de Gómez de Baquero.

La segunda colaboración crítica de Gómez de Baquero se publica con el título de: «De algunos libros publicados con ocasión del Centenario del Quijote» (*La Lectura*, V, 54, (junio, 1905); pp. 187-196). En ella Gómez de Baquero comenta tres títulos de los muchos que se editaron al conmemorar la aparición de la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes, impreso en Madrid por Juan de la Cuesta en 1605. Este Tercer Centenario marcaría un hito literario en la historia de la bibliografía cervantina; y Gómez de Baquero no es ajeno a ello, y elige o selecciona tres libros representativos.

El primero es el del catedrático del Instituto madrileño de San Isidro, del que opina Gómez de Baquero:

> Pocos libros se escriben en España de tanto jugo y tan agradable forma como el del señor Navarro Ledesma; pero pocos también hallan tan abiertos los caminos para llegar al público. (p. 187)

Ya que unos capítulos de *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* de Francisco Navarro Ledesma se habían publicado ya en *El Imparcial*, Gómez de Baquero señala sutilmente la dependencia que existía, —y existe—, entre la publicidad de una obra y el éxito o aceptación de ésta. Demostración de la ágil y cultivada inteligencia de Gómez de Baquero es el análisis «ecléctico» de esta obra de «recostitución histórica». Navarro Ledesma, gran conocedor de la época, de la vida y de la obra de Cervantes, había realizado una nueva biografía del autor del Quijote aprovechando los materiales acumulados de la erudición, pero siguiendo un «método» y una «concepción de la obra». Al unir Historia y realidad Navarro Ledesma proporcionaba una atractiva vida de Cervantes que

[19] Emilia de Zulueta, ob. cit., p. 158.

superaba en amenidad a las escritas por antiguos cervantistas, y en fidelidad histórica y erudición a las contemporáneas en las que los datos anecdóticos y circunstanciales tenían mayor importancia. Aquí los hechos posibles y verosímiles no desmerecen la historia. A la Historia se le ensambla la Novela, el género que era, en este período, expresión de los tiempos nuevos. Y Gómez de Baquero se pregunta:

> Así como la novela experimenta la influencia de los modernos métodos históricos, ¿no podrá la novela, género predominante hoy y que fluye más o menos en los demás y les da el tono en cuanto la naturaleza de los otros lo consiente, llevar también su influencia e introducir su imitación en los dominios de la grave y entonada Clío? (p. 191)

Las ideas de Gómez de Baquero expresan su gusto personal por la novela, y, con la claridad de entendimiento que le caracterizaba, analiza esta obra de Navarro Ledesma exponiéndola como ejemplo de la influencia de la novela en el género «histórico» que es la biografía. Esto proporcionaba el acicate deseado por Gómez de Baquero: el de que estudios «de minoría» llegaran a «la mayoría», tesoro de la energía humana. Para ello, a los procedimientos deductivos de la Historia, Navarro Ledesma, sin menguar la verosimilitud, añade una prudente dosis de creación «poética», «sacando la poesía de la verdad»:

> En breves palabras, la novedad de este libro está en novelar la historia, en vestir de realidad las hipótesis y admitirlas en la compañía de las realidades. (p. 189)

El «literaturizar» la Historia con la realidad verosímil de los datos sobre la época y el «personaje», da a Navarro Ledesma la característica de «original»; su propósito era el de restaurar el valor estético de la historia y el renovar, a la vez, su concepto como género literario. Y esto lo vislumbró Eduardo Gómez de Baquero. Pero el crítico madrileño no proporciona un juicio de valor, sino que con rigurosidad y objetividad estudia la reconstruida biografía de Cervantes, y formula

una ecuánime apreciación llena de sensibilidad crítica; Raquel Asún supo distinguirlo: «Gómez de Baquero defiende la presencia de un crítico-atalaya que debe desapasionarse, favorecer y defender actividades antidogmáticas, ecléctico pero documentado y riguroso, consciente de que su papel es el de orador, historiador y literato responsabilizado con el gran público».[20] Con un estilo claro, sencillo y elegante, y con una tolerante benevolencia, Gómez de Baquero expresa su comentario crítico, sinceramente comprensivo:

> Elogio un libro, no a un autor (p. 189).

Al referirse a Navarro Ledesma y a su libro publicado, porque, con la finura heredada de Juan Valera, Gómez de Baquero alaba la obra que es, al fin, reflejo de las cualidades de su autor.

El siguiente libro es *Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra* de Miguel de Unamuno. Hombre de su tiempo, y fiel a su «ecléctica» postura ético-estética, prevalece en la opinión de Gómez de Baquero una actitud que está por encima de los enjuiciamientos a favor de una obra o en contra de ella; opta por dar a conocer el libro, e incitar al posible lector. Acertadamente apreció Menéndez Pidal: «Se ha dicho que Gómez de Baquero deja en la oscuridad los defectos de la obra que examina. No creo exacta la frase; los deja en la penumbra, o no los saca a relucir pero los deja ver».[21] Gómez de Baquero prefiere contemplar lo favorable antes que lo censurable; y así ocurre con el libro cervantino de Miguel de Unamuno, «antípoda» del anterior:

> histórico el uno; filosófico el otro; resumen de erudición aquél; despreciador deliberado de ella éste; cuidado de estilo el uno; espontáneo y desceñido el otro; resumen y coronación estética de la labor del cervantismo, el del catedrático de San Isidro; desdeñador del cervantismo y no muy entusiasta de Cervantes, el del rector de Salamanca. (p. 192)

---

[20] Raquel Asún, art. cit., p. 320.

[21] Ramón Menéndez Pidal, ob. cit., p. 11.

Eclecticismo y arbitrariedad son las dos características evidentes de Gómez de Baquero al analizar esta obra «filosófica» sobre el Quijote, o mejor sobre «el Quijote unamuniano». La novela cervantina despierta en el comentarista esta meditación; el Quijote ha motivado en Unamuno este conjunto de ideas y sentimientos que, para Gómez de Baquero, supone una limitación para llegar a los virtuales lectores, ya que para él, y en palabras atinadas de Menéndez Pidal, «el examen de los libros que se leen mucho, aunque sean vulgares, es más importante que el de los escritores exquisitos, gustados sólo por una refinada minoría».[22] A la mayoría difícilmente podía interesar esta obra de Unamuno en la que el Quijote es tomado como objeto para iniciar una reflexión, una introspección individual bajo el pretexto del original y primitivo personaje manchego. El carácter filosófico de este libro determina su no aceptación por las «mayorías», y sí por las «minorías», los entusiastas lectores unamunianos más que cervantistas, ya que el rector de la Universidad salmantina se apropia de la figura de Don Quijote, y en él se «adentra» —en expresión del propio Unamuno—. Sucesivamente éste va comentando los capítulos del Quijote, con su estilo y su lenguaje característicos. Prevalece la opinión de Unamuno, y ello, para Gómez de Baquero, restrinje el posible éxito y aceptación del libro en esta sociedad española que, como señala el mismo crítico madrileño:

> en un país donde se lee poco y deprisa tiene que parecer extraño lo que hace Unamuno, ese rumiar y pensar los pasajes de un libro, sacando de ellos pensamiento nuevo y propio, convirtiendo en lectura pasiva, que es el modo común de leer, o aquella clase inferior de lectura activa cuyos efectos se limitan a sembrar unos cuantos puñados de ideas o de imágenes, en otra clase más honda y penetrante de lectura que cala en el espíritu hasta alumbrar sus ocultos manantiales, sacando de la mente del lector, más que del título leído, la nueva corriente de pensamiento que brota a estímulo y con ocasión de esa lectura. (p. 193)

[22] Ibídem, p. 14.

La dificultad intrínseca de toda obra de Unamuno, la de llegar a un público lector mayoritario, la recepción y la interpretación, choca aquí —más aún— con el eterno problema de una sociedad que se caracteriza por un manifiesto desinterés por la lectura. Gómez de Baquero es consciente de esta doble difcultad que se aúna en este ejemplo bibliográfico que él comenta. La naturaleza de la obra y la realidad impiden, cada una por un camino, el llegar a la «inmensa mayoría», objetivo primordial de la crítica de Gómez de Baquero. Pero su escala de valores, forjada en sus propósitos primigenios, no limita a Gómez de Baquero para que exprese sus ideas elogiosas sobre el estilo de Unamuno, caracterizado por su «dureza» y «sequedad» como el «hierro vizcaíno»:

> pero es como reja de arado que labra muy hondo en el lenguaje y en el pensamiento y saca a la superficie la fertilidad de las hondas capas fecundas. (p. 194)

El tercer libro de temática cervantina es un opúsculo de Rafael Salillas titulado *Un gran inspirador de Cervantes, El Doctor Juan Huarte, y su «Examen de ingenios»*, obra que en opinión de Gómez de Baquero:

> representa un esfuerzo considerable de ingenio y estudio y no poca sutileza de interpretación, me sigue pareciendo en extremo aventurada y dudosa: la de que el título del «Quijote» y el tipo de locura del hidalgo manchego fueron inspirados a Cervantes por el «Examen de ingenios», del famoso médico y filósofo español Juan Huarte de san Juan. Tan dudosa me parece la tesis, que en la duda me inclino más a la negativa. (p. 194)

Con magnanimidad, pero no con falta de gusto o de vista, Gómez de Baquero reconoce la dificultad que comporta la comprobación de la hipótesis de Rafael Salillas. El crítico, con penetración y claridad en la exposición crítica, se complace —no sin cierta incredulidad irónica, tan clariniana— en apuntar una «influencia exterior», una «inspiración limitada» y posible de esta obra en el Quijote; aunque para Salillas

ésto se evidencia, también, en otras obras cervantinas. La actitud escéptica o de «crítico-atalaya» como determinara en su estudio Raquel Asún,[23] prevalece en Gómez de Baquero al dar su opinión sobre la tesis defendida por el intelectual regeneracionista y autor del libro:

> Pero, con todo esto, el libro del Sr. Salillas es un trabajo en extremo ingenioso, que revela suma perspicacia, quizás demasiada, y que por ningún concepto es indigno de este notable autor. (p. 196).

Para Gómez de Baquero, y a pesar de su criterio divergente, esta obra no desmerece el prestigio de su autor, gran estudioso de la antropología picaresca en relación con la criminología moderna.

El que fuera llamado «Sainte Beuve español», y heredero de la agudeza de «Clarín» y de la elegancia de Juan Valera, escribió creyendo siempre en la efímera condición de su tarea periodística; y esta esencial caducidad le motivó, a Gómez de Baquero, a cultivar y —más aún— a enaltecer su actividad literaria. Apostó por la independencia del crítico en su trabajo sin dar valoraciones subjetivas y partidistas y, consecuentemente, defendió la posibilidad de manifestar la propia opinión y expresar con libertad las ideas y los juicios personales tal y como se demuestra en estas dos colaboraciones críticas suyas publicadas en la revista *La Lectura.* Esta era, para Gómez de Baquero, la alta misión que él tenía encomendada, como periodista que era.

El propósito de prevalecer «su» opinión, fundida de conceptos eruditos e ingeniosos, desprestigiando el anonimato se hizo praxis en el quehacer de Gómez de Baquero; él en-

---

[23] Raquel Asún, art. cit., p. 325: la autora del minucioso trabajo detalla su afirmación anterior (ver nota 20): «La actitud de distancia respecto a los hechos comentados le hacía en primer lugar desapasionarse en sus opiniones; en segundo, le proporcionó un punto de vista, el del citado crítico-atalaya, que juzga desde arriba el espectáculo literario y, en el acto, huye de maximalismos, reparando, como observador, en los detalles que personalmente le interesan».

cumbró la tarea del crítico y se caracterizó por un estilo determinado; y él encarnó, según Emilia de Zulueta, «la figura que más cabalmente representa una imagen arquetípica del crítico literario cuya labor se desarrolla dentro de las grandes publicaciones periódicas. Tal vez por eso la historia literaria no le ha concedido el lugar que, en justicia, le corresponde».[24]

No sólo el colaborar asiduamente en el «cuarto poder» sino, también, su estilo, reflejo de un gusto «ecléctico», fueron los dos obstáculos que la personalidad de Gómez de Baquero encontró para poder acceder y ser miembro del «parnaso literario», al que siempre perteneció. La fidelidad a sus principios y la rectitud en sus propósitos enaltecen y distinguen la figura de quien en realidad fue —muy acertadamente descrito por Raquel Asún—: «un hombre con profunda vocación galdosiana, influido por la ideología krausista y de Giner de los Ríos, admirador de Anatole France y representante genuino de una concepción decimonónico-burguesa de la cultura. A esas condiciones exigidas cabe añadir su visión del escritor como, a la vez, artista e historiador, creador y cronista, siempre comprometido en la duplicidad de tareas».[25] No cabe decir más.

ANTONIO MARCO GARCÍA
Universidad de Barcelona

[24] Emilia de Zulueta, ob. cit., p. 152-153.
[25] Raquel Asún, art. cit., p. 328.